

poético parece demasiado delicado para la dura y pesada tarea que hubiera tenido que realizar. Por otra parte, M. Richepin no vale más que para asustar á los burgueses, con sus crudezas inútiles y sus poemas modernos violentamente iluminados á lo Rembrandt. El hombre á quien se espera no parece haber nacido.

En poesía no se ha presentado ningún verdadero creador desde Lamartine, Hugo y Musset. Todos nuestros poetas, sin excepción, viven de estos tres antecesores. No se ha inventado nada fuera de ellos. Este es un hecho del cual debe tomarse nota. Por eso, me imagino que el gran poeta del mañana tendrá que comenzar por hacer tabla rasa con todas las estéticas que corren por ahí ahora. Creo que será profundamente moderno, que traerá la nota naturalista con toda su intensidad. Expresará nuestro mundo, gracias á un nuevo lenguaje que para ello habrá de crear.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

M. MANET

7 de Mayo.

Los franceses somos amigos de reír, pero también en algunas ocasiones sabemos hacer uso de la cortesía más exquisita y del más perfecto tacto. Respetamos al hombre perseguido y defendemos con todas nuestras fuerzas la causa del que lucha solo contra la multitud.

Hoy, arrastrado por la simpatía, voy á tender la mano al artista que un grupo de colegas suyos ha echado del «Salón». Si la gran admiración que su talento me causa no fuera bastante para decidirme á alabarle sin reserva, la posición que le han creado de paria, de pintor grotesco é impopular, me impulsaría á hacerlo.

Antes de hablar de los artistas que todo el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

mundo puede ver, de los que despliegan en plena luz su mediocridad, cumplo con un deber dedicando el mayor espacio posible al hombre cuyas obras han sido desechadas, quizá porque no se le ha juzgado digno de figurar entre los mil quinientos ó dos mil impotentes que han sido recibidos con los brazos abiertos.

«Consolaos—le digo—os han puesto en la calle porque merecéis vivir aparte. No pensáis como todas esas gentes, pintáis con arreglo á vuestros sentimientos y sois una personalidad artística que se afirma claramente. Vuestros lienzos no pueden estar á gusto entre las simplezas y el sentimentalismo del tiempo actual. Quedaos en vuestro taller, allí iré á buscaros y admiraros.»

Me explicaré acerca de M. Manet, del modo más terminante que me sea posible, para evitar que en manera alguna pueda haber errores entre el público y yo. No reconozco ni reconoceré jamás al jurado facultades bastantes para prohibir que el público vea las producciones de una de las individualidades artísticas más palpitantes de la época actual. Como mis simpatías están fuera del «Salón», no entraré en él

hasta que en otra parte haya satisfecho la necesidad de admiración que siento.

Parece que soy el primero que elogia francamente á M. Manet; esto obedece al poco interés que me inspiran las pinturas de *boudoir*, las estampas iluminadas, esos miserables lienzos en los cuales no veo nada que palpite. Ya he declarado que sólo el temperamento me interesaba.

No ha faltado alguien que me detenga en la calle para decirme: «Eso no va de veras, ¿no es así? Dais los primeros pasos y queréis cortar la cola á vuestro perro; pero, en fin, ahora que nadie nos oye, vamos á reírnos un poco á costa del *Almuerzo en el campo*, de *Olimpia* y del *Tocador de pífano*.»

A tal punto han llegado las cosas; ya no tenemos siquiera el derecho de admirarnos. He aquí que paso por un chico que se engaña á sí mismo por cálculo. Y mi crimen consiste en que he querido decir la verdad acerca de un artista á quien la gente finge que no comprende, y al cual, como á un leproso, se lanza del mundo de los pintores.

La opinión de la mayoría á propósito de M. Manet, es la siguiente: M. Manet es un

aprendiz de pintor que se reúne con otros galopines de la propia edad, para fumar y beber. Después que han vaciado un par de barricas de cerveza, el aprendiz anuncia su propósito de pintar caricaturas y exponerlas con el fin de que las gentes se burlen de él y al mismo tiempo vayan aprendiendo su nombre. Pone luego manos á la obra, hace cosas inauditas, y es fama que él mismo se desternilla de risa viendo sus cuadros, y que su bello ideal es burlarse del público y crearse la reputación de hombre grotesco.

¡Pobres gentes!

Puedo citar una anécdota que demuestra admirablemente las creencias generales. M. Manet y un conocidísimo erudito, se hallaban un día sentados á la puerta de uno de los cafés del *bulevard*, cuando llegó un periodista, al cual el erudito presentó al joven maestro diciéndole: «M. Manet.» Púsose en pie el periodista y empezó á lanzar á derecha é izquierda miradas escudriñadoras, hasta que, por último, vió al artista que estaba modestamente sentado delante de él y ocupaba un pequeñísimo espacio. «¡Ah! dispensadme—exclamó—os creía colosal; y además buscaba por to-

das partes un rostro extraño y patibulario.»

Todo el público piensa lo propio.

Los artistas, los colegas, las personas mismas que deberían ver claro en la cuestión, no se atreven á decidirse. Unos (hablo de los necios) se ríen sin saber de qué, y pinturas vigorosas y sentidas les arrancan estrepitosas carcajadas. Otros hablan de talento incompleto, de voluntarias rudezas y de violencias sistemáticas. En una palabra, dejan que el público se chancée sin que les ocurra siquiera decirle: «Si no queréis pasar por imbéciles, no debéis reír tan fuerte. En todo esto nada hay que cause risa; sólo hay un artista sincero que obedece á su naturaleza, que busca la verdad con ahinco, que se presenta tal como es y que no tiene ninguna de nuestras faltas de ánimo.»

Pero en fin, puesto que nadie dice todo eso, yo voy á decirlo, y en voz muy alta. Tan convencido estoy de que M. Manet será reconocido un día como maestro, que comprando todos sus lienzos, si tuviera fortuna para hacerlo, creería llevar á cabo un buen negocio. Dentro de cincuenta años esas obras han de valer quince

ó veinte veces más que hoy; y lo contrario precisamente ha de ocurrir á ciertos cuadros que actualmente se venden á cuarenta mil francos, y entonces puede que nadie dé por ellos cuarenta.

Para profetizar semejantes acontecimientos no hace falta tener gran inteligencia.

Tenemos, por un lado, éxitos que sólo se deben á la moda, á los salones y á los paniaguados; artistas que se convierten en pequeñas especialidades y explotan los pasajeros caprichos del público, y caballeros elegantes y soñadores que, con la punta del pincel, trazan estampas mal pintadas y que cuatro gotas de lluvia borrarían.

Por otra parte, tenemos un hombre que copia directamente del natural, que pone á discusión el arte entero, obra por iniciativa propia y quiere manifestar íntegra su personalidad artística. ¿Mis lectores creen que cuadros vigorosos y sentidos no son más consistentes que unos ridículos grabados de Epinal?

Iremos á reirnos, si así les place á mis lectores, de las gentes que se burlan de sí mismas y del público, exponiendo sin vergüenza lienzos que han perdido su primitivo valor, desde

el momento en que los han embadurnado de amarillo y de rojo. Si el vulgo hubiera recibido una buena educación artística, si supiera admirar solamente al artista que tiene talento propio é iniciador, el «Salón» sería, sin duda, un lugar de público regocijo, y los visitantes no podrían recorrer dos salas sin ponerse malos en fuerza de buen humor. En la exposición hay siempre una nota excesivamente cómica; esta nota la producen las obras banales é impudentes que allí se instalan para dar muestra de miseria y necedad.

Los grupos que se formaban delante de los cuadros de M. Manet, ofrecían un triste espectáculo al observador desinteresado. En ellos he oído muchísimas sandeces que me han hecho pensar: «¿Seremos siempre tan niños y no dejaremos nunca de creernos en la obligación de ser chistosos? He aquí unos individuos que ríen á mandíbula batiente, sin saber por qué; han visto una cosa que se aparta de sus creencias y de sus costumbres, y esto ha bastado para provocar su hilaridad. El caso les parece chistoso y ríen con toda su alma; ríen como podría hacerlo un jorobado al contemplar á un hombre sin corcova.»

Una sola vez he ido al estudio de M. Manet. El pintor es de estatura mediana, más bien bajo que alto, rubio y de buen color, y representa treinta años. Tiene inteligente y viva la mirada. La boca un tanto burlona. El rostro irregular y expresivo, ofrece en su conjunto cierta expresión de sagacidad y de energía. Su aspecto general, su lenguaje y ademanes, son los de la persona más amable y modesta.

El hombre á quien el vulgo cree un aprendiz chocarrero, vive en familia, está casado y hace la metódica vida del burgués. Trabaja, además, con encarnizamiento, buscando siempre algo, estudiando la naturaleza, y estudiándose á sí mismo y siguiendo su camino sin volver la vista atrás.

El artista y yo hemos hablado de la actitud que con él tiene el público. Aquél no toma el asunto á broma, pero tampoco se desanima; tiene fe en sí mismo y deja tranquilamente que la tempestad de risas se cierna sobre su cabeza, seguro de que los aplausos se han de dejar oír al fin y á la postre.

En una palabra, he creído ver en él al hombre que lucha por convicción, al hombre impopular que el público no intimida y que no

trata de amansar la fiera, sino más bien de domesticarla, de imponerle sus creencias.

En el estudio es donde he acabado de comprender á M. Manet. Antes me gustaba instintivamente, ahora he conocido su talento, el talento que trato de analizar. En el «Salón» vi sus lienzos en plena luz y en medio de las estampas de á cinco céntimos que les habían colocado alrededor; en el estudio los he visto aparte, como deben verse todos los cuadros, en el lugar mismo en que han sido pintados.

La base del talento de M. Manet, es la precisión y la sencillez. El artista, sin duda, en vista de la naturaleza inverosímil que presentan algunos de sus colegas, se habrá resuelto á interrogar la realidad cara á cara; habrá lanzado lejos de sí toda la ciencia adquirida, y la antigua experiencia, y habrá querido buscar el arte en su principio, esto es, en la exacta observación de los objetos.

Por lo tanto, se ha puesto animosamente á contemplar un asunto, lo ha visto representado por grandes manchas y por rigurosos contrastes, y lo ha reproducido tal y como á su vista aparecía. ¿Quién se atreve á ver en esto un cálculo mezquino y á acusar á un artista

concienzudo de tener en poco el arte y de hacer poco aprecio de sí mismo? Sería necesario castigar á los que se chancean, porque insultan á un hombre que ha de ser una de nuestras glorias, y le insultan miserablemente burlándose de él que no se digna ni aun reirse de ellos. Los gestos y la befa le inquietaban poco.

He vuelto á ver el *Almuerzo en el campo*; esa obra maestra expuesta en el «Salon des Refusés», y desafío á los pintores que están en voga á que nos den horizontes más amplios y verdaderos que los que en ella se ven. Sí, alguien se ríe todavía, pero es porque los cielos violeta de M. Nazou le han estragado el gusto, y porque en el cuadro de que trato, la naturaleza está demasiado bien representada para que no disguste á ciertas gentes. Además, el referido lienzo nada tiene que traiga á la memoria la Cleopatra de yeso, de M. Gérôme, ni las lindas personitas blancas y color de rosa de M. Dubuffe. En él no vemos, por desgracia, más que personajes idénticos á los que diariamente encontramos en la calle y que, por si esta vulgaridad no bastara, han cometido la imperdonable falta de tener huesos y músculos lo mismo que los simples mor-

tales. Comprendo que lienzos como el que nos ocupa contraríen al público y al mismo tiempo provoquen la hilaridad; el público necesita que le alegren la vista con estampas de esas que las cajas de guantes ostentan en la tapa.

He vuelto á ver á *Olimpia*, joven que también tiene el gravísimo defecto de parecerse á muchas que conocemos. ¿No les parece á ustedes que es una extraña manía la de querer pintar de distinta manera que todo el mundo? Si M. Manet se hubiera servido siquiera de la borla que M. Cabanel tiene para dar polvos de arroz, y hubiera aderezado un poco el seno y las mejillas de Olimpia, la muchacha habría estado presentable. Además, el pintor ha tenido la feliz ocurrencia de poner en escena un gato, que ha hecho las delicias del público. Verdaderamente, la idea no ha podido ser más peregrina; es menester estar loco para poner un gato en semejante cuadro. Un gato, vamos ¿qué les parece á Vds? Y lo que es peor, el gato es negro. No es posible ir más allá... ¡Pobres conciudadanos míos! Confesad que sois fáciles de divertir. El gato legendario de Olimpia es prueba fehaciente del fin que os guía al «Salón», adonde sólo vais en

busca de gatos y os dais por satisfechos cuando encontráis uno negro que os haga reír.

La obra que más me gusta es, indudablemente, el *Tocador de pífano*, lienzo que ha sido rechazado este año. El joven músico, vestido con uniforme de diario, pantalón encarnado y gorra de cuartel, se destaca sobre fondo gris. Está tocando el instrumento y aparece de frente. He dicho antes que la base del talento de M. Manet es la sencillez y la precisión, y cuando tal he afirmado recordaba, sobre todo, la impresión que dicho cuadro me produjo. Me parece imposible obtener mayor efecto empleando medios menos complicados.

El temperamento artístico de M. Manet, es enérgico, así es que el pintor determina rigurosamente las figuras, no rehuye las bruscas transiciones de la naturaleza y representa en toda su fuerza los diferentes objetos que se destacan unos de otros. Su modo de ser le obliga á verlo todo como una serie de manchas, de trozos enérgicos y sencillos. Puede decirse que se complace buscando tonos exactos y colocándolos luego en yuxtaposición en el lienzo. Este, por tal medio, aparece al fin

cubierto de compacta y vigorosa pintura. En los cuadros del mencionado artista, veo impreso el carácter del hombre aficionado á investigar la verdad, de la cual saca un mundo que existe con particular y poderosa vida.

Nadie ignora el efecto que los lienzos de M. Manet producen en el «Salón». Deplorable, lisa y llanamente. En torno de ellos se ostentan los dulces productos de los confiteros artísticos que están de moda; los árboles de azúcar cande y las casas de turrón, las muñecas de mazapán y las muñecas de crema de vainilla. La tienda de las golosinas aparece más sonrosada y más dulce, y los palpitantes lienzos del artista parece que despiden cierto amargor en medio de aquel río de almíbar. Los niños grandes que pasan por la sala, hacen al verlos muecas de desagrado; no tragarán nunca una porción, por pequeña que sea, de carne verdadera y que ofrezca la realidad de la vida; pero en cambio se atracan hasta la saciedad de todas las empalagosas golosinas que se les ofrecen.

No miremos los cuadros que rodean á los de Manet, sino las personas que están en la sala. Estudiemos los contrastes que ofrecen sus

cuerpos con el entarimado y las paredes. Echemos luego una ojeada sobre los lienzos del referido artista y veremos que en ellos hay verdad y energía. Miremos después los otros cuadros, los que sonrían estúpidamente en nuestro derredor, y entonces sí que reiremos de todas veras.

M. Manet, como M. Courbet y como todo artista de temperamento original y fuerte, tiene un lugar designado en el Louvre. Diré, sin embargo, que no existe semejanza alguna entre los dos pintores que acabo de nombrar; mas todavía; si son lógicos, deben negarse recíprocamente. Y por eso cada uno de ellos tiene vida propia, porque en nada se parecen.

No es mi intención establecer un paralelo; al decir lo que antecede he obedecido á mi manera de ver, que no me permite juzgar á los artistas con el criterio de un ideal absoluto, ni admitir en el arte más que las individualidades que la verdad y la energía evidencian.

Sé que algunas personas han de decirme: «Usted toma la extravagancia por originalidad, y por lo tanto, cree que para que las cosas estén bien hechas basta hacerlas de distinta manera que las hace todo el mundo».

A los que tal me digan me limitaré á contestarles: Id al estudio de M. Manet, volved luego á los vuestros y tratad de hacer lo que él hace; entreteneos en imitar á ese pintor, que según vuestra opinión tiene el monopolio de la hilaridad pública, y entonces me diréis si es fácil empresa la de hacer reír á la gente.

He procurado colocar á M. Manet en el lugar que le corresponde, que es uno de los primeros. Quizá el vulgo se ría del panegirista como se ha reído del pintor; no importa. Uno y otro seremos vengados algún día. Hay una verdad eterna que me anima á creerlo así, y es, que sólo los temperamentos viven y dominan las edades. Es imposible—imposible, entiéndase bien—que M. Manet no triunfe al fin y á la postre, y que no aplaste las tímidas mediocridades que le rodean.

Los que deben temblar son los pintores adocenados, los hombres que han robado un asomo de originalidad á los maestros de antaño; los que bosquejan árboles y personajes, y no saben lo que ellos son ni lo que son los artistas de quienes se burlan. Esos, esos son los futuros muertos; entre ellos hay algunos que dejaron de existir hace diez años, puesto que

se les ha enterrado, y que, sin embargo, sobreviven únicamente para decir en alta voz que la introducción de un lienzo lleno de ambiente y de vida en la gran fosa común del «Salón» ofende la dignidad del arte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EDUARDO MANET

El escritor que trata de mostrar minuciosamente la personalidad de un artista, emprende un trabajo delicado. Se mejante tarea es siempre difícil, y únicamente puede llevarse á cabo con toda amplitud y con toda verdad, cuando el artista en cuestión ha terminado su obra, cuando el hombre ha dado todo lo que su talento prometía. En este caso se somete al análisis un conjunto completo, se estudia bajo todos sus aspectos un genio, y es posible trazar un retrato exacto y preciso sin miedo de omitir detalle alguno. El crítico experimenta vivísima alegría cuando piensa que está en su mano la facultad de diseccionar un ser, que va á verificar la anatomía de un organismo, y que en seguida va á reconstruir un hombre real y viviente